

La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina: Campesinos, agronegocio y neodesarrollismo

Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus, (compiladores)

Christian Camilo Bernal Conde*



A finales del siglo XX en América Latina comenzó un ciclo de políticas progresistas también conocido como la marea rosa latinoamericana, apelativo que sirvió para agrupar al bloque de gobiernos que accedió al poder por medios democráticos, los cuales se caracterizaron por elementos de izquierda como un discurso antineoliberal a favor de las poblaciones más pobres, así como por una mayor inversión social para beneficio de las clases populares. Este cambio de discurso frente a la política económica neoliberal inició con el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela, en que se estableció la soberanía alimentaria como política pública, en un país en el que siempre fue más barato importar alimentos que

producirlos y continuó su despliegue por casi todos los países suramericanos, así como por países centroamericanos como Nicaragua.

El libro *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina: campesinos agronegocio y neodesarrollismo*, editado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, aborda las diferencias entre los discursos y las acciones, comparando los aciertos, las limitaciones y las contradicciones de las políticas agrarias. El texto está estructurado por una introducción en la que se establecen las generalidades de las políticas agrarias en relación con la diversidad de actores involucrados en su desarrollo, en el que también se discute el rol del Estado en el proceso de mundialización de la agricultura, el cual se puede describir como la consagración de la propiedad privada absoluta, en contraposición al tipo de propiedad políticamente constituida de las sociedades precapitalistas, caracterizada por la coexistencia de diferentes formas de producción.

En el ámbito económico el análisis está dirigido hacia diferenciación entre el mercado como oportunidad y el mercado como imperativo, para establecer los diferentes tipos y grados de dependencia del mercado por parte de sectores campesinos. La hipótesis que se

* Sociólogo de la Universidad de Colombia y doctorando del Programa de Desarrollo Territorial de FLACSO - Ecuador.

aborda a lo largo de los diferentes capítulos sobre la situación específica de cada gobierno es que, el Estado no contuvo el avance de la separación entre la economía y la política, en la medida en que el agronegocio se fortaleció, incluso con el auspicio de los gobiernos, a través de concesiones y acuerdos, que les permitieron fortalecer la gran propiedad y el uso de los recursos naturales, tanto como el empleo de mano de obra asalariada proveniente de los sectores campesinos, los cuales no lograron sobrevivir en este proceso de crecimiento agroindustrial.

Los sectores agroindustriales incursionaron en nuevas formas de acumulación capitalista, mediante el monopolio de la tierra, el mercado y el capital, dejando atrás los discursos y la preocupación, por parte del Estado, de una nueva reforma agraria con un peso significativo en las formas de vida tradicionales en la región. Por el contrario, se produjo una reprimarización de las actividades económicas, pero en esta en esta ocasión, orientada hacia productos no convencionales como la soja, el ganado y las flores, conduciendo a la agroindustria hacia una creciente concentración de la cadena de valor, en el que las grandes empresas transnacionales dominan los campos de la producción de semillas, la producción industrial y la transformación de productos, tanto como su transporte y distribución. En términos generales, se produjo un auge del agronegocio con el beneplácito de los gobiernos progresistas y de manera simultánea una serie de políticas asistencialistas para los sectores más vulnerables del sector rural.

Tal como lo señalan los compiladores de este libro, Vergara-Camus y Kay, el objetivo de la discusión a lo largo de los capítulos es evidenciar las contradicciones entre las promesas iniciales en las campañas de los gobiernos de izquierda y los resultados concretos de la transformación de la estructura agraria en cada país. En cuanto a la retórica de los gobernantes primó el discurso a favor de la soberanía alimentaria y el respaldo a la agricultura familiar campesina, entre las principales expectativas que se tenían estaba la reforma agraria profunda, pero esta es una de las principales deudas que sigue vigente. En Bolivia y Brasil se avanzó un poco más que en los otros países, pero las reformas se centraron más en la legalización y titulación de tierras con propiedad efectiva, acompañada de nuevas olas de concentración de la tierra por parte de la burguesía agroexportadora. Esta última se consolidó mediante una alianza con los sectores industriales, comerciales y financieros, frente al debilitamiento de los movimientos sociales y la disminución de su capacidad de movilización.

Como ya se dijo, el capitalismo en su fase neoliberal busca una separación entre lo económico y lo político con el fin de convertir al mercado en un imperativo para los sectores campesinos. En el caso Paraguay Esquerro-Cañete y Fogel advierten que, en un país con la mayor desigualdad de la tierra y el mayor porcentaje de población rural, el análisis debe centrarse en la relación Estado y sociedad, en gran parte porque la riqueza depende de la propiedad políticamente constituida, en la medida en que la élite terrateniente todavía ejerce un poder oligárquico sobre el Estado, situación a la cual Lugo no pudo hacer frente antes de ser destituido, evidencia del poderío ejercido por esta élite terrateniente en Paraguay.

En el caso venezolano expuesto por Purcell hay que tener en cuenta el legado histórico de la distribución y la tenencia de la tierra sobre la política del gobierno. Aunque en las décadas anteriores existió un proceso de reforma agraria ligado a la intensificación de capital en la producción agropecuaria, la siembra del petróleo como renta principal del Estado llevó a un abandono del sector como fuente de la industrialización del país, con lo que las medidas económicas del gobierno llevaron a un estancamiento del sector agrícola y a una expansión de las importaciones de alimentos. Con la caída de los precios internacionales del petróleo y la devaluación de la moneda, quedó en evidencia la debilidad de la producción de alimentos para cumplir el objetivo de la soberanía alimentaria, e incluso durante los últimos años del gobierno emergió el fenómeno del “bachequeo” con el cual se ha producido un desequilibrio en el acceso y los subsidios a los alimentos que entrega el gobierno, en un contexto de escasez.

El panorama en Bolivia obedece al patrón de los demás países que conforman las repúblicas unidas de la soja, un control de las tierras productivas en zonas estratégicas por parte del capital agroindustrial con el apoyo del Estado a los exportadores a gran escala, junto con una política de asistencia a la producción campesina familiar que afianza la diferenciación del campesinado, entre familias vinculadas a la cadena de valor del agronegocio y un sector que permanece rezagado, dedicado a actividades de subsistencia, con una dependencia parcial al mercado. Según Webber el gobierno de Evo y su partido establecieron alianzas con el capital agroexportador y priorizaron zonas para la producción de la soja, limitando así las pretensiones de una reforma agraria real, aunque el apoyo también estuvo dirigido hacia la consolidación de las tierras comunitarias de origen.

Argentina fue uno de los principales impulsores del monocultivo y de la introducción de biotecnología agrícola, el proyecto nacional populista del gobierno de los Kirchner se disputó con las élites agrarias la apropiación de la renta de la tierra. Con la expansión geográfica y social durante el periodo neoliberal, las grandes empresas transnacionales se apoderaron de la venta de insumos, el procesamiento de los cultivos y de la exportación, tal fue el motivo del aumento de los impuestos a la exportación de la soja. En este capítulo Lapagna sostiene que en Argentina se vivió una revolución pasiva, en la que el rediseño de las políticas de desarrollo rural, para el reconocimiento de los campesinos y pequeños productores, no logró cambiar la estructura del neoliberalismo agrario, sino que por el contrario, se profundizó la privatización y la acumulación por desposesión, en la medida que agronegocio avanzó a las provincias del norte.

Piñeiro y Cardeillac argumentan que el gobierno del frente amplio en Uruguay no tuvo capacidad política para alterar la política agraria, por el contrario atestigüamos una convivencia de los agronegocios y la agricultura familiar, en la medida en que se profundizó la concentración de la tierra y su extranjerización. Además, hubo un incremento del capital financiero extranjero dirigido a la producción de la soja, la cual fue reemplazando las tierras ganaderas y a pesar de las medidas compensatorias para la producción familiar, se instauró el

trabajo asalariado como la principal fuerza de trabajo en el campo, llegando a suponer una desaparición del campesinado. Vale destacar que los cambios en las políticas laborales consiguieron una mayor protección y empoderamiento de las organizaciones asalariadas rurales.

Ecuador plasmó en la constitución de 2008 algunos objetivos fundamentales para mejorar las condiciones de la agricultura familiar, quizá el más importante, la institucionalización de la soberanía alimentaria y el buen vivir, junto con otros recursos como el fin de la tercerización laboral y un mayor control ambiental de las actividades agropecuarias. Por otro lado, en la práctica se produjo un fomento de los monocultivos y no de la agroecología, la política neo-desarrollista favoreció el agronegocio nacional y la expansión de las tecnologías de la agricultura convencional. Aunque hubo un cumplimiento en cuestiones laborales, se continuó el proceso de descampesinización de las comunidades indígenas y salió del panorama el acceso a la tierra, por el contrario hubo un proceso de diversificación de actividades en el sector rural a la par con el crecimiento del procesamiento de alimentos, aunado al fomento al capital nacional.

Antes de terminar vale la pena destacar que en Brasil durante los sucesivos gobiernos del PT hubo un incremento de las inversiones con las que se benefició la agricultura familiar, pero el auge del agronegocio sepultó las luchas históricas por la reforma agraria, al mismo tiempo que el neodesarrollismo estatal contribuyó al debilitamiento de los movimientos sociales; a esto se suma que, los sectores terratenientes desde la institucionalidad afianzaron la criminalización contra las organizaciones de base. Por su parte, el gobierno sandinista de Nicaragua también siguió esta misma línea, ampliando la estrategia agroexportadora con algunas reformas sociales. Como complemento a este trabajo, Carmen Diana Deere contribuye con un artículo en el que analiza hasta qué punto el derecho al acceso a la tierra por mujeres ha sido reconocido en la práctica, argumentando que las victorias se basaron en la movilización de organizaciones autónomas de mujeres.

Finalmente, aunque en cada contexto nacional ocurrieron transformaciones diferentes en cuanto a la estructura agraria, dadas las condiciones históricas de cada país y la huella indeleble que ha dejado el neoliberalismo, Vergara-Camus y Kay sostienen que “el auge del agronegocio y la agroexportación son los factores que han estado en el origen del éxito de la mayoría de gobiernos de América Latina”. En todos los casos queda en evidencia que, para el análisis de la estructura agraria se requiere abordar las relaciones de clase entre los diferentes actores y cómo lograron incidir en la estructura estatal, a través de reformas para el beneficio de cada sector, en especial a la burguesía agraria constituida por terratenientes y las clases industriales, comerciales y financieras. Por otro parte, durante este periodo las políticas agrarias tuvieron un efecto en la diferenciación del campesinado y en el debilitamiento de las movilizaciones sociales. Aunque el agronegocio benefició a muchos sectores de las clases medias y del campesinado, dejó al margen las demandas del campesinado más pobre, como el acceso a la tierra y la apuesta política por la soberanía alimentaria.